

Navidad

Por Arzobispo John C. Wester, *People of God*, diciembre de 2016

Nuestro mundo parece cautivado por el poder. Tanto las naciones como los individuos suelen enredarse en feroces luchas para ejercer su voluntad. Las naciones utilizan el poder militar para lograr sus fines, incluso cuando, como sucede en la Península Coreana, amenazan la estabilidad del mundo entero. Los partidos políticos utilizan el poder de la comunicación, especialmente en Internet, mientras compiten por el control en las cámaras gubernamentales. Y cada vez más, candidatos ricos utilizan el poder del dinero para ser elegidos para cargos políticos. Las corporaciones usan su riqueza y prestigio para influir en la opinión pública y, en última instancia, para obtener beneficios. Incluso en menor escala, vemos el uso del poder para controlar, manipular o influir en el hogar, en el patio de recreo y en el lugar de trabajo, evidenciado en la violencia doméstica, el acoso escolar y las tácticas despiadadas para ser promovido. Sin duda, nuestro mundo está constantemente atrapado en luchas de poder que dejan su huella en los rostros de innumerables millones y en la faz de la tierra misma.

Es precisamente a este poderoso mundo que nuestro Salvador viene una vez más en esta Navidad. De muchas maneras, las cosas no han cambiado mucho desde el nacimiento de Cristo. Líderes como Herodes siguen usando medios violentos para conservar su poder, los inmigrantes vulnerables como María y José, sin un lugar para pasar la noche, siguen siendo olvidados por los ricos. Empleados como los pastores todavía están luchando para que les alcance la quincena, a pesar de los grandes beneficios cosechados por Wall Street. Uno pensaría que Dios podría haber visto el futuro y le habría dado a Su Hijo algunas de las herramientas de poder que le permitirían tener éxito en Su camino en nuestro mundo. Y sin embargo, el Salvador viene a nosotros, aparentemente, como el epítome de la impotencia y la vulnerabilidad: un recién nacido que es dependiente completamente de sus padres para su misma existencia. No puede sobrevivir por su cuenta. Él está completamente a merced de los "poderosos." Recuerdo haber leído acerca de una niña a quien se le pidió que describiera el escenario del nacimiento de porcelana que su familia había heredado de generación en generación. En su descripción ella respondió con las palabras que sus padres habían repetido una y otra vez: "¡Es frágil!" Sí, Cristo viene a nosotros como un ser humano frágil.

Y sin embargo, sabemos a través de los ojos de la fe que el niño Jesús, nacido en un pesebre, es el Salvador del mundo. Él es el Dios poderoso, el Príncipe de Paz, la Esperanza de las Naciones. La lección del Adviento es que las cosas no son lo que parecen. José lo descubrió en un sueño; María lo descubrió en una visita de un ángel; Y nosotros somos invitados a descubrirlo de nuevo cuando miramos a los ojos del niño Dios. Cuando miramos más allá de la apariencia de las cosas, nos damos cuenta de que Dios está íntimamente trabajando en nosotros, que es parte de nuestra misma existencia. Lo que parece ser un niño indefenso es en realidad el mismo poder de Dios; Ciertamente, Él es Dios, "Quien... no se apegó a su igualdad con Dios, sino que se redujo a nada, tomando la condición de servidor, y se hizo semejante a los hombres..." (Filipenses 2: 6-7) Dios se convirtió en uno de nosotros sin otra razón que el amarnos más allá de nuestra imaginación. El secreto del poder de Dios es el amor. La Encarnación celebra el amor de Dios por nosotros, un amor que es absolutamente más poderoso que cualquier poder en el cielo o en la tierra: "Pues estoy seguro de que ni la muerte ni la vida ni los ángeles ni los principados ni lo presente ni lo futuro ni las potestades ni la altura ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro" (Romanos 8: 38-39).

La Navidad nos enseña que Dios está trabajando en nuestras vidas. Dios es íntimamente parte de nosotros, ciertamente, en Cristo Él es uno de nosotros. La Encarnación demuestra cómo Dios

construye puentes de amor con la humanidad. Jesús, nacido en medio de nosotros, nos encuentra de una manera más profunda. Nada está separado del amor de Dios. Incluso en mis momentos más difíciles, dolorosos u oscuros, Dios está conmigo. Eso es lo que quiere decir Emmanuel: Dios con nosotros. El mensaje de Navidad está basado en la realidad de que toda la creación está atrapada en la providencia amorosa de Dios. Cuando devolvemos el amor de Dios, confiamos en el amor de Dios, esperamos en el amor de Dios y permanecemos en el amor de Dios, nos convertimos en el poder del amor de Dios en nuestro frágil mundo. Nos convertimos en esos puentes de amor a los demás.

Esto es lo que significa ver con los ojos de la fe. Lo que parece un fracaso, o dolor, o dificultad puede transformarnos si vemos a Dios trabajando en ello. Visto bajo esta luz, la vida adquiere un significado y un propósito más profundos. La enfermedad puede ser un catalizador para confiar más en Dios y en su deseo de ser uno con nosotros por toda la eternidad, en lugar de vivir nuestras vidas como si fuéramos inmortales. El fracaso nos lleva a confiar más en Dios y menos en nosotros mismos. Las crisis nos recuerdan que Dios es quien tiene el control, no nosotros. Verdaderamente, no hay nada más poderoso que el amor de Dios. Lord John Dalberg-Acton, un historiador católico inglés tenía razón al decir: "El poder tiende a corromper y el poder absoluto corrompe absolutamente." Sin embargo, el niño en el pesebre da evidencia de que el amor es el antídoto del poder. Por lo tanto, el amor salva y el amor de Dios salva totalmente. Una vez que estamos atrapados en el amor de Dios y en el amor de nuestro prójimo quien es la imagen y semejanza de Dios, entonces nos damos cuenta de que somos verdaderamente poderosos. Quizás lo único frágil en la escena del pesebre es si vamos a responder al amor que Dios tiene por nosotros o vamos a retener lo que percibimos como poder. La Navidad nos invita a elegir el amor, el amor de Cristo, el poder de Cristo.

Nuestro Santo Padre nos recuerda a menudo que debemos crear una "cultura de encuentro". A principios de enero, la Iglesia Católica de los Estados Unidos celebra la Semana Nacional de la Migración, del 8 al 14 de enero, con el tema "Creando una Cultura de Encuentro". Les invito a pensar en cómo podemos ser mejores constructores de puentes para aquellos que buscan un nuevo hogar en nuestro país. ¿Cómo podemos acoger con el amor de Dios a los que están huyendo de la violencia, la pobreza y el miedo?

A todos ustedes, mis hermanos y hermanas en Cristo, les deseo una bendita Navidad y un pacífico Año Nuevo. Al entrar en este nuevo año orando especialmente por aquellos que están buscando un nuevo hogar, le pido al Niño Jesús que levante sus brazos de bendición sobre todos nosotros en la Arquidiócesis de Santa Fe mientras juntos nos acercamos en las poderosas maneras del amor. Que el amor de Cristo que apareció a nosotros en esa primera noche de Navidad, nos lleve poderosamente a través de esta vida hasta la eternidad.